



Madona, 1960. Escultura en onix

COMISION 2
CIENCIA, CONOCIMIENTO
Y SABERES FEMENINOS

MUJERES, CIENCIA Y FILOSOFÍA

Blithz Lozada Pereira*

“Todo conocimiento es un nudo condensado en un campo agonístico de poder”
Donna Haraway

¿Existe la palabra “filósofa”?

La ocupación intelectual más restringida para las mujeres en la cultura occidental es sin lugar a dudas, la filosofía. Un campo en el que las reivindicaciones feministas lograron notorio éxito ha sido de forma inobjetable, la política. Sin embargo, al margen de los espacios de poder que las mujeres ocupan, y de su producción intelectual al respecto, sentar presencia genérica en las esferas del saber aun hoy en el siglo XXI, sigue siendo, en mi opinión, una lucha estratégica.

En cualquier manual de historia de la ciencia, son pocas las mujeres que han sido tomadas en cuenta para escribir sus nombres. Pero aún, la filosofía aparece como el escenario en el que la escasez de escritoras es mayor. Sin embargo, en los últimas décadas, en el campo especializado de la reflexión filosófica sobre la ciencia –la epistemología, se han dado ya significativos avances y una clara posición marcada por un especial feminismo “científico”.

En Estados Unidos por ejemplo, y en general en el mundo “desarrollado” de hoy día, son innumerables los libros, artículos, conferencias y eventos, en los que aparece una pléyade considerable de “filósofas”. Aunque es perceptible todavía una condición irrecusable: alcanzar fama intelectual depende en gran medida de la moda.

La filosofía occidental enseña que para constituir sistemas o corrientes de pensamiento que trasciendan la acción corrosiva del tiempo, es mucho necesario mucho más que figurar en algunas revistas, escribir algunos textos o ser parte de algunos movimientos de producción intelectual. Inclusive tratándose de filósofos contemporáneos de renombre mundial, no es posible saber con certeza, si después de uno o dos siglos, sus nombres serán recordados y apreciados como lo son hoy día. No es posible saber si su vigencia remontará algunas décadas o que estudiarlos apenas represente un efímero efecto del favor de los medios de comunicación y del prestigio de las academias donde protagonizan destacados papeles.

* Siendo Director del Departamento de Investigación, Postgrado e Interacción Social de la Universidad Mayor de San Andrés, el M. Sc. Blithz Lozada organizó, con el apoyo de Sida-SAREC de Suecia, la Red UREL con sede en Chile y la Fundación FIDAL de Ecuador, el “II Encuentro Latinoamericano: Mujer en ciencia y política”. La realización del evento fue el 20 y 21 de junio de 2002 y asistieron alrededor de 300 participantes. Posteriormente, se publicaron las *Memorias del Encuentro*, incluyéndose 33 ponencias. Como participante en el evento, Blithz Lozada expuso el presente artículo, posteriormente publicado en las Memorias. El texto recoge algunas ideas que el autor expuso previamente en su libro *Foucault, feminismo, filosofía...*

Siendo que el feminismo comenzó a mostrar con fuerza su identidad intelectual en la historia de la ciencia y la filosofía recién en el siglo XX, es más incierto el futuro de las actuales científicas y filósofas, respecto de su valoración académica futura. En la filosofía por lo demás, pese a las vicisitudes históricas, las oscilaciones paradigmáticas y las luchas de las comunidades, sólo después de un sinfín de recorridos teóricos, permanece el valor del pensamiento de autores que trascienden los siglos. Tal es el caso por mencionar algunos, de filósofos como Platón, san Agustín, Bacon, Comte, Marx, Rousseau o Heidegger, ante quienes ningún estudioso que se aprecie, al margen de su propia posición, puede pretender que no existieron.

Ojalá que en el recuento de las ideas filosóficas del siglo XX, aparezcan y se mantengan al menos uno o dos nombres de autoras “filósofas”. Si esto sucede, su mérito será más encomiable, puesto que serían las intelectuales de una nueva tradición construida en contra de las tendencias milenarias *masculinistas* excluyentes. En el caso de Estados Unidos por poner un caso, las presunciones preliminares, indican que es poco probable que esto suceda.

Es posible adivinar sin embargo, que la relevancia intelectual a mediano o largo plazo, se dará en un escenario filosófico esbozado por ciertos trazos dibujados gracias a la labor de algunas epistemólogas estadounidenses y de Europa. Por ejemplo, no se puede dejar de considerar hoy día que la razón occidental está en *crisis* y que la filosofía debe desarrollarse en contra de las tendencias culturales recurrentes. Además, es necesario remarcar como parte de los conflictos intelectuales, el aspecto *afectivo* del conocimiento, y que la construcción de nuevas teorías tendrá que caracterizar y superar los estratos patriarcales patentes en la filosofía y las ideas sobre el carácter, valor y sentido de la historia y la política.

Siguiendo estos bocetos resulta un contrasentido exigir que las posiciones feministas se sistematicen según el estilo tradicional de la elaboración filosófica. Sin embargo, en las academias de los países desarrollados, pese al auspicioso valor de lo elaborado, muchas científicas feministas, apenas atinan a defender concepciones impregnadas de un neopositivismo a ultranza. Por lo demás, existen otras dificultades y paradojas, ante las cuales las exigencias filosóficas y epistemológicas aparecen como arduas tareas por resolver. Tal el reto y el posible mérito que enfrentan las feministas de hoy, en el Norte y en el mundo entero.

Historia de la filosofía masculinista

Es común entender a la epistemología como la teoría filosófica que formula respuestas sobre la problemática de la ciencia. Más acá de las discusiones por lo general poco fértiles, sobre ciertos conceptos, el ámbito de elaboración teórica de la epistemología, es de cualquier modo, la **filosofía**¹.

Si bien se pueden enunciar proposiciones epistemológicas generales con pautas filosóficas suficientes, es recomendable tener conocimientos consistentes sobre disciplinas específicas para que tales enunciados tengan sustento cognitivo. Por otra parte, si se desarrollan teorías

sobre disciplinas o campos científicos, hoy día no es posible hacerlo sin un saber especializado. Así, pretender efectuar una “epistemología de la física” sin un dominio mínimo de dicha disciplina y de las teorías contemporáneas más importantes en este campo, se convierte en un despropósito.

Cuando la generalidad crece (por ejemplo, “epistemología de las ciencias sociales”); las exigencias de conocimiento disciplinario disminuyen, aunque no desaparecen. De cualquier modo, inclusive cuando se encuentran físicos o matemáticos, sociólogos o historiadores, discutiendo y elaborando teorías sobre sus quehaceres científicos particulares; a pesar de ellos mismos, sus discursos despliegan nociones teóricas, supuestos, principios y sistemas que no dejan de tener un matiz “filosófico”.

Varias epistemólogas feministas por ejemplo, estadounidenses, son a la vez científicas y filósofas, por esto comprenden claramente, la manera consubstanciada en que al afirmar proposiciones epistemológicas, inclusive para una región delimitada de conocimiento; están asumiendo posiciones *filosóficas* definidas, las que por lo demás, tienen una irremisible dimensión *política*. Pues bien, esclarecidas sobre esta imbricación, al hacer el recuento de las teorías de la ciencia desplegadas en la historia de la filosofía, las feministas han constatado la indefectible presencia de los principios del patriarcado, las ideologías *masculinistas* y las pulsiones sexistas. Estos factores están patentes y obran múltiple y sutilmente, para que las más diferentes filosofías y las teorías sobre el conocimiento más peregrinas, los incorporen en su contenido, su fondo y sus implicaciones ideológicas.

La caracterización de la historia de la teoría de la ciencia, implica –de manera saludable en mi opinión, referir para las feministas, la presencia de las pulsiones y los principios asociados con el patriarcado y las tendencias machistas. Por lo mismo, al afirmarse en el feminismo nuevas concepciones epistemológicas, la mayoría de las autoras estadounidenses por ejemplo, señalan inéditas vías para filosofar. Por estas vías, la teoría del conocimiento podría transitar según ellas, hacia un campo fértil de horizonte desconocido. Se trata en primer lugar, de alejarse de las consecuencias indeseables a las que ha llevado la filosofía tradicional, para que posteriormente, se abran rumbos que permitan remontar la *crisis* del pensamiento occidental en pos de un conocimiento científico que humanice con equidad.

La herencia de Platón

Según Evelyn Keller, la filosofía desde su nacimiento con los griegos, ha excluido de su contenido, al *fatídico* “deseo de las mujeres”, el cual ha sido estigmatizado en oposición al guión de la razón y la ciencia. En la filosofía “oficial”, toda valoración de la razón, la búsqueda de la verdad y el imperativo de que la ciencia dirija la vida de la humanidad, ha dominado el pensamiento occidental. En un ensayo escrito con Christine Grontkowski, Keller efectúa un análisis filosófico e histórico acerca del proceso de constitución de este pensamiento “lógico” asociado al dominio masculino².

Ya en 1982³, Evelyn Keller señalaba que tradicionalmente se ha asociado lo femenino con el placer y con algo peligroso que pone en cuestionamiento la *objetividad*. La pulsión *masculinista*⁴ ha dado legitimidad a la demanda de “objetividad” que es satisfecha sólo

cuando las aseveraciones *científicas* son reconocidas como tales. Sólo cuando la interacción entre el sujeto y el objeto separa ambos términos de modo discreto, se cierne sobre el objeto, la sombra masculina del sujeto cognoscente que se *apropia* de la imagen respectiva, *penetrando* en el ámbito objetivable del objeto.

En la tradición occidental además de este rol *activo* asignado al sujeto, se ha remarcado la imperiosa necesidad de que el hombre que conoce, “supere” sus intereses cotidianos. Se trata de desplegar una actitud absolutamente libre de cualquier prejuicio e interferencia “humana” para una cabal y *neutral* construcción de conocimiento *verdadero*. Dicha *constante* es reconocida por Lorraine Code quien piensa que desde Platón hasta Popper, desde los estoicos hasta los fenomenólogos, tanto en David Hume como Ludwig Wittgenstein e incluso Spinoza y Marx, aparecen tales requerimientos de *cientificidad*⁵.

Tomando en cuenta las puntualizaciones de Erick Havelock, quien se refiere a distintos tránsitos en la consecución del “pensamiento lógico”, Grontkowski y Keller creen que la filosofía se ha afirmado en la historia a costa de un desplazamiento: se trata de la supresión de lo femenino en favor de lo masculino.

El tiempo en el que el mito tuvo preeminencia entre otras producciones culturales, habría definitivamente concluido. Los mitos, con su contenido figurativo y narrativo, con las imágenes multicolores que evocan y las tramas existenciales que tejen, habrían sido “superados” por el *logos* impersonal, discreto y opaco, por el reino de las penumbras en el que la abstracción existe absolutamente conexas al rigor inmovible de las definiciones y proposiciones verdaderas. El avance de la filosofía habría sido posible en este sentido, gracias al progresivo retroceso de la narración mítica, Platón surgió en la historia sobre la tumba de Homero, destruyendo con el análisis racional y abstracto, a la *mímesis*, la analogía y el sentir de lo concreto.

Que exista la primacía del oído en la narración, que la transmisión oral y la vivencia lúdica tengan marcada importancia, que la representación y la imaginación sean elementos centrales del mundo cultural del mito; estaba destinado a variar por la fuerza *activa* del *patriarcado* vertido como *filosofía* y *ciencia*. Estas preeminencias fueron relegadas hasta desaparecer, dándose posteriormente un decurso de la historia del pensamiento en el que los más notorios bríos de la modernidad terminarían de construir una sociedad insidiosa y completamente *panóptica*⁶. Se trata del ojo y su poder, de comenzar a escrutarlo todo, de poner “en evidencia” la fuerza de la argumentación deductiva y el carácter inconcuso de las proposiciones según la luz de la razón. Se trata, en la génesis griega, de los dos grandes modelos metodológicos que enterraron al mito en el periodo clásico: el alumbramiento socrático y la discusión dialéctica llevada al extremo en los diálogos platónicos.

El compromiso entre las personas prevaleciente en la época homérica, fue substituido por la discusión en el ágora que develaba la *verdad*. En el tiempo mítico, la oralidad creó un mundo de complicidad; los lazos de unión de un grupo se formaban en común por el sentimiento de identidad y adscripción cultural. En cambio, después, en el tiempo de la razón paradigmáticamente representado por Platón, prevalecieron los *ojos* para descubrir las esencias. El sol simboliza el Sumo Bien y el poder masculino, era el ícono para instaurar

valores y el principio de realidad. Los ojos y el sol se correspondían, eran similares en su disposición. El poder del ojo radica en la visión que posibilita, gracias a una especie de flujo que emana de la luz del sol. Además, al establecer la filosofía platónica la analogía entre el alma y las “ideas”, explica cómo se alcanza el conocimiento por la unión de las formas con el alma: los ojos del varón, gracias a la luz de las esencias, proveían de la visión al filósofo para que se haga patente el conocimiento *científico*⁷.

Las connotaciones epistemológicas más importantes desde estos tiempos radican en que se ha forjado una tradición *visual* en la historia del pensamiento científico. Se trata de la tradición platónica internalizada plenamente en el imaginario colectivo de occidente, y que aparece como la expresión histórica de la promesa de una imagen visible para los iniciados: la imagen de la verdad eterna, del *topos ouranios*, de la salvación y el paraíso. Dios, el absoluto y la idea; es en definitiva, la promesa escolar de la ciencia. Keller y Grontkowski afirman taxativamente que esta tradición fue la raíz, el principio y el trasfondo de la ciencia moderna⁸. Por su parte, Genevieve Lloyd menciona que Platón tuvo una influencia decisiva sobre la idea contemporánea de conocimiento, reforzada en los últimos siglos por Francis Bacon⁹.

Lloyd cree que Platón influyó de modo determinante para que cambie la vieja valoración griega que concebía la femineidad como un poder oscuro de las diosas de la tierra. Dicho cambio habría ocasionado influencias sociales y culturales importantes. Para los griegos, las mujeres tenían la capacidad de relacionarse mística y empáticamente con la fertilidad de la naturaleza. En el tiempo de la preeminencia mítica, dicha relación fue central en la vida cultural, al punto que los griegos veían en la reproducción sexual, el momento de realización del principio formativo que da y quita la vida. Por ejemplo, Clytemnestra puede ser adúltera y asesinar a su marido, sin que su crimen tenga que ser perseguido como el de su hijo Orestes, quien al asesinarla atentó contra la familia y la sangre¹⁰.

Tal situación varió sustantivamente con Platón. Sin embargo, cierta literatura clásica adelantó dicha variación y anunció lo que sería la labor “destructiva” de la filosofía triunfante en contra de los mitos. Por ejemplo, *Ifigenia en Táuride* representa la emergencia de las fuerzas de la razón contra los misterios de la oscuridad¹¹. Aquí, la razón está por delante de tal poder aminorando la fuerza de lo femenino. De modo correlativo, el deterioro de la imagen arcaica de la mujer fue mayor, en cuanto crecía el poder de la filosofía como una actividad masculina y restringida a una élite ciudadana. En cuanto ésta comenzó a sobrevolar cada vez más altas cumbres de abstracción y a construir sistemas más complejos, aquélla se veía con mayor nitidez como lejana, despreciable y como la rémora de un mundo “terrenal” que debía ser “superado”.

Evelyn Keller enfatiza que la influencia de Platón sobre la noción moderna de la ciencia radica en que el conocimiento es a la vez, *objetivo* y *trascendente*. En el mito de la caverna, Platón habla del hombre que teniendo el valor de enfrentarse a lo desconocido, asciende por una vía dificultosa y empinada rompiendo las cadenas de la cotidianidad y la opinión pública¹². Platón cree en una fuerza que mueve a su héroe para ir más allá de lo conocido, para llegar a un mundo ignoto o tal vez, para no alcanzar ninguna meta. Pero después del ascenso solitario, oscuro e incierto, después del deslumbramiento causado por la súbita y

resplandeciente luz, el varón filósofo descubre que independientemente de él, ajeno a su voluntad, existe y existirá por siempre, el mundo de las esencias: *objetivo y trascendente*.

La herencia platónica para que la ciencia se desenvuelva según tal modelo, radica en este punto. De modo indefectible se ha asumido a lo largo de la historia, que lo mismo que el *topos ouranios*, existe un “mundo”, un lugar donde por sí, permanecen las formas, las leyes y las relaciones entre los conceptos. Se trata del receptáculo de los secretos del cosmos que explican los acontecimientos, el mundo donde subsisten formas independientes del sujeto, objetivas y trascendentes.

Keller piensa que la crítica feminista, más que rechazar de una vez a *la* ciencia, debe señalar el contenido ideológico de carácter *machista* que supuestamente “dirige” los descubrimientos científicos, desde las percepciones hasta la epistemología. Las filósofas deberían identificar los contenidos ideológicos que en la historia han hecho de la ciencia el medio apropiado para la conquista de la naturaleza. Mary Tiles por su parte¹³, dice que esta noción ha devenido en una pulsión *masculina* (ella dice metafóricamente “marciana”), para forzar a la naturaleza a revelar sus secretos; pulsión opuesta a otra latente aunque aplastada (“venusina”), que busca el diálogo y la cooperación entre el pensamiento y la materia.

Si bien varias autoras han denunciado con pertinencia que la cultura científica es el resultado de la visión masculina de la conciencia y de la realidad, si bien han mostrado la exclusión de las mujeres del quehacer filosófico y científico; para Tiles, el *imperativo epistemológico* radica en señalar cómo la apreciación más corriente y natural sobre la ciencia, sigue el modelo platónico en todas sus consecuencias. En este sentido Isaiah Berlin expresa el carácter *objetivo y trascendente* de la ciencia al señalar: 1. Que toda cuestión genuina implica una sola aseveración *verdadera*, siendo las demás falsas. 2. Que el único método para llegar a soluciones verdaderas es el *racional*, y, 3. Que las auténticas soluciones son universalmente verdaderas para todos los tiempos, hombres y lugares¹⁴.

Hablar de Platón remite al parecer necesariamente, a su discípulo. En Aristóteles, los contenidos arcanos asociados con el poder mítico de la femineidad se hicieron racionalmente “útiles” para el nuevo imaginario “lógico” gracias a los conceptos de “materia” y “forma”. Para Aristóteles, la utilidad de las viejas imágenes se redujo a emplearlas como evocaciones que debían ser dotadas de contenido conceptual. La *madre* sirvió como analogía para explicar la fuerza y corporeidad de la materia, en tanto que de manera conveniente, la “forma” se asoció a la imagen del *padre*, la razón, la noción de realidad, los principios lógicos y ontológicos, la ley, la autoridad y el orden¹⁵.

Las oposiciones diádicas alcanzaron su culminación conceptual en el pensamiento aristotélico e incluían dos modos analógicos de ser de dos mundos distintos. En el primero, superior y jerárquico, se tendían relaciones propias de su estatus, entre entes reales y conceptos correspondientes: es el mundo del amo, el varón, el padre, la forma y la masculinidad. En el otro mundo hay un estatus subordinado e inferior, con relaciones de sujeción de cada parte a su respectivo contra-término. El esclavo es propiedad animada del amo, la mujer es *por naturaleza*, un ente intelectual y moralmente inferior al varón; la madre es la grosera corporeidad material para que los hijos existan, quienes adquieren la

esencia humana y racional sólo por la intervención del padre. La *materia* (como la madre), es el concepto necesario que dota de extensión y realidad espacial a las nociones ontológicas y metafísicas más importantes del sistema aristotélico. Sin embargo, éstas adquieren plenitud sólo con la “forma”: lo que da constitución específica y una manera concreta de aparecer, a la materia. Finalmente, frente a la masculinidad se da la femineidad como contra-término subordinado de una totalidad jerárquica en la que siempre lleva la peor parte.

Presocráticos feministas y el Platón escondido

Es comprensible que la crítica feminista trate de encontrar en los orígenes del pensamiento filosófico, la génesis de un exclusivismo masculino. Esta actitud es manifiesta porque ningún texto de historia de la filosofía menciona como relevante, a la altura de los diez o veinte filósofos de occidente más conocidos en todo el mundo, a ninguna escritora de quien se diga que ha tenido la influencia o la importancia de estos hombres. Pero el tema no es sólo un problema de recuento, cantidad o calidad; se trata del modo de concebir la posibilidad de las mujeres de “filosofar” o mejor, se trata de suponer la filosofía como una actividad de carácter abstracto y racional, creyéndose con arbitrariedad que comparativamente, las mujeres no tienen la misma disposición para ésta como la que tienen los varones.

En la medida que feministas, filósofas o intelectuales sientan rechazo a dicha suposición, es comprensible que identifiquen el surgimiento de la filosofía y la época clásica griega (Platón), con el momento de inicio de una segregación secular y una formación discursiva excluyente. Sin embargo, creo que es conveniente hacer hincapié en otros aspectos.

En primer lugar, alrededor de un siglo antes de Platón, “técnicamente” apareció la filosofía en medio de múltiples, agonísticas y complejas connotaciones. Si bien algunas autoras critican que en la larga duración se ha dado una exclusión evidente de las mujeres por las condiciones ideológicas forjadas en cada contexto; si bien es comprensible el rechazo de ciertas intelectuales al prejuicio de que las mujeres tendrían una radical ineptitud para “filosofar”, lo dicho sobre Platón y la filosofía en general, no es la mejor crítica feminista posible ni la más consistente.

Por ejemplo, en lugar de condenar sin más de una sola vez, a toda la filosofía, se podría abogar por el retorno al estilo *presocrático* de motivar la discusión filosófica y de fomentar el pluralismo. De alguna manera Evelyn Keller se refiere a esto cuando habla de Heráclito y cómo el concepto *ksuniemi* es una noción alternativa a la visión. Se trata de “conocer escuchando” y de sobrevalorar la experiencia *táctil* en detrimento de la *visión* machista de las esencias.

Pero el pensamiento presocrático tiene connotaciones mucho más auspiciosas. Se trata en la primera etapa, de una filosofía “naturalista” que da lugar a reivindicaciones cosmo-céntricas, ecologistas y a la búsqueda de principios sin alejarse de la materialidad corpórea del mundo natural. Además, en el pensamiento presocrático prevalecieron las imágenes, los poemas, los emblemas y las prácticas respaldadas por la fuerza de la costumbre. Acá

asistimos a un estilo eminentemente analógico, metafórico, evocativo, referencial, diverso, elocuente y artístico. Inclusive en la filosofía pitagórica que hipostasía el número, no sólo la ética, sino todo contenido cuantitativo, aparece teñido con colores esotéricos y místicos, constatándose que ninguna creencia “irracional” es alterada ni suprimida por la pulsión de la *máthesis*.

Algo similar se afirma sobre el atomismo que actualmente es reivindicado como una escuela de carácter “científico”. No es posible olvidar la multiplicidad de posiciones presocráticas en los escenarios de la filosofía. No sólo son las irreductibles discusiones entre parmenídeos y heraclíteos, no son sólo las inconciliables y agonísticas posiciones ontológicas y metafísicas; en este tiempo destaca también la inseparable unidad entre la filosofía y las ciencias. Todas las escuelas que desarrollaron uno u otro contenido (sea sistemática o aforísticamente), tenían su propia ética, su visión axiológica de la realidad y una orientación místico religiosa específica que dio lugar a genuinas consecuencias discursivas e ideológicas. Dichas consecuencias llegaron al extremo de ocasionar implicaciones sociales tan radicales, como en la etapa postclásica, con expresiones como el cinismo, el estoicismo, el escepticismo y el epicureísmo entre otras.

En segundo lugar, que muchas filósofas dirijan su ataque contra Platón, señalando que su herencia llega hasta nuestros días, pierde de vista lo que al menos no debería dejar de olvidarse:

Es Platón entre los más destacados filósofos de todos los tiempos quien al hablar sobre el “amor al conocimiento” (la *filosofía*), quita la palabra al personaje central de sus diálogos (Sócrates), y se la otorga a una mujer: a Diótima. Es más, Sócrates se confiesa ignorante en el tema más importante de todos: ¿qué es la filosofía y qué significa que para conocer se requiere *amar*?, tema sobre el que Diótima es una *experta*¹⁶.

Pese a ciertos diálogos platónicos y al modo como el mundo de las ideas ha sido el preámbulo del “mundo de la ciencia”, las filósofas que atacan a Platón no pueden desconocer estos significativos gestos. Alison Jaggar por ejemplo; aunque sea sólo periféricamente, menciona el pasaje referido correspondiente a *El banquete*¹⁷. En este diálogo se advierte la tolerancia platónica a la pederastia y la homosexualidad, la recurrencia de figuras alegóricas, la importancia de la retórica y los giros metafóricos y metonímicos que pueblan su pensamiento. Además, es recurrente la preeminencia de un estilo coloquial y lúbrico conducente a insospechadas profundidades.

En todos sus diálogos es evidente por último, la manera cómo Platón da continuidad a ciertos contenidos míticos y poéticos, religiosos y culturales, de manera tal que redimensionando las formas y los colores, adquieren un fondo significativo, variopinto y multívoco.

Si Jaggar valoraría consecuentemente la “emoción” en la ciencia, debería entonces mostrar mayor simpatía por el diálogo platónico mencionado, en tanto que las escritoras que focalizan al filósofo griego para atacarlo, tendrían que evaluar mejor la elección de su objetivo. Por ejemplo, fue Aristóteles y no Platón quien condenó la homosexualidad como

“contraria” a la naturaleza humana, quien abogó en favor de la esclavitud, considerando al señorío como un rasgo esencial de algunos varones maduros, propietarios y ciudadanos. Fue Aristóteles quien desvaloró toda exposición del pensamiento que recurra a asociaciones libres, analogías creativas y metáforas nuevas. El estagirita se esforzó con tesón por eliminar toda manifestación mítico - religiosa de la ciencia y la filosofía, instituyó la lógica bivalente, el principio de tercero excluido y una filosofía abstracta y rigurosa para erigir su propia autoridad como absoluta y definitiva sobre cualquier cuestión filosófica y científica, “allí donde toda cuestión filosófica surge y retorna”.

Si algunas escritoras quieren encontrar “responsables” en la Grecia clásica para evidenciar una exclusión epistemológica intolerable; tanto por su estilo, actitudes y gestos como por su contenido, expresiones, consecuencia e influencia; la identificación filosófica y científica del patriarcado debiera hacerse respecto de Aristóteles, y no respecto de su maestro tan distinto a él...

Por otra parte, si bien es cierto que con el “mundo de las esencias” Platón construye un escenario especial y único al que sólo tienen acceso los elegidos (los varones); si bien desde entonces la ciencia y la filosofía aparecen como un reducto “elitista”, es sorprendente en algunas críticas la carencia de des-valoración del pensamiento platónico respecto de la taxonomía de las almas. Platón estableció que entre los hombres y las mujeres no todos tienen igual acceso al *topos ouranios*, sino solamente aquellas personas en las que es preeminente el alma *racional*, sobre el alma *irascible* y la *concupiscente*¹⁸.

Al margen de las connotaciones políticas de esta idea y del planteamiento de género formalmente equitativo, existen evidentes consecuencias *elitistas* que restringen el conocimiento de la verdad sólo a quienes tienen las condiciones materiales para dedicarse a la vida teórica (llamada “ociosa”), y a quienes tienen supuestamente, una selecta naturaleza y posibilidad cognitiva. Si las feministas estadounidenses por ejemplo, criticarían esto, estarían obligadas a criticar su propia *comunidad*, su estilo de producción intelectual y cómo se han constituido en un grupo “académico” que reivindica con exclusiones científicas e ideológicas, a quienes no comparten sus programas, reuniones y discursos. En definitiva, criticar a Platón en lo que sí se debería hacerlo, implica alterar un logro asumido como inobjetable; implica incurrir en una paradoja inevitable: mientras se rechaza el elitista *topos ouranios*, se aboga por que las comunidades intelectuales sean reconocidas con carta de ciudadanía en el “mundo de las esencias”, para el cual algunas personas (hombres y mujeres), creen detentar derechos de gobierno y jerarquía.

La crisis de la razón y el patriarcado

En un artículo escrito en 1993¹⁹, Elizabeth Grosz señala que la razón occidental ha sido puesta en *crisis* de manera manifiesta por factores que han mostrado sus más notorias debilidades. Dicho proceso se ha desarrollado gracias al feminismo, el cual ha evidenciado sin embargo, que la crisis no representa un *impasse* o el cierre teórico a cualquier vía de salida, sino una encrucijada en la cual cabe descubrir los caminos por donde las mujeres exploren y juzguen por sí mismas.

Las características de esta crisis se hicieron patentes porque en el contexto intelectual de fines del siglo pasado, ya era insostenible el privilegio histórico en favor de lo mental y en detrimento de lo corporal. Occidente, según Grosz, debería reconocer su error de relegar y desvalorar al cuerpo, en tanto creía que la producción de conocimiento está unida a la razón y desvinculada del sexo.

El feminismo ha contribuido a resolver esta crisis en primer lugar, por la introducción, análisis y afirmación de las mujeres y de lo femenino, como “viables” objetos de conocimiento. Ha reclamado vehementemente el olvido de las mujeres, y ha mostrado que dicha **amnesia** fue la estrategia para asegurar los fundamentos patriarcales del conocimiento según una orientación *falo-céntrica*. Posteriormente, el feminismo ha acelerado la crisis de la razón y puesto en claro las exigencias epistemológicas para crear nuevas posiciones sobre la subjetividad. Ha rechazado los tradicionales modelos cognitivos resistentes a cualquier “corrección” o “complementación”, y ha indicado la necesidad de que sus teóricas se liberen de los contenidos patriarcales y falocráticos prevalecientes en la historia de la ciencia y la filosofía.

Grosz caracteriza al *falo-centrismo* como una representación de los hombres acerca de lo que serían las mujeres; es la *elisión* de la masculinidad para enunciar posiciones constitutivas de conocimiento²⁰. El feminismo lucha contra la masculinidad como única proyección iso-mórfica de las teorías verdaderas en relación a los cuerpos social e históricamente configurados.

Las posiciones feministas se dieron en contra del dominio de los hombres por definir el paradigma cognitivo que asocia a las mujeres con lo corporal, irracional y natural; estableciendo términos binarios opuestos a la masculinidad, y epistemológicamente devaluados. El feminismo se opuso a las variaciones tradicionales y dominantes del falocentrismo que cree en la incapacidad de las mujeres para aprender. Su lucha es contra un conocimiento que preserve el *status quo* histórico, coadyuvante a activar los significados sociales detractores de las mujeres.

Además, el feminismo desde el punto de vista teórico, ha forzado a que la crisis epistemológica reitere la necesidad de correlacionar los objetos de investigación con una nueva e integral concepción sobre la subjetividad humana. Ha puesto en evidencia las presiones *masculinistas* por articular las ciencias sociales y las humanidades según los supuestos tradicionalmente asumidos.

Así, ya no es posible hoy pensar que se puede alcanzar neutralidad transparente en el proceso de conocimiento del objeto. Es imperativo establecer que no existe una sola adecuación entre los métodos, axiomas, y criterios de evaluación, con el *objeto de investigación*. Por otra parte, la interdisciplinariedad no puede ser ignorada, debe ser realizada como un espacio que trasciende las limitaciones de cada disciplina en concreto. Finalmente, no hay que ver al conocimiento como un contenido exógeno a la historia, sin orígenes ni vicisitudes sociales; siendo insostenible suponer que la ciencia carezca de perspectiva, y que su valor radique en que está al margen de cualquier punto de vista particular.

La *crisis* se ha puesto en evidencia a partir de diversos quehaceres disciplinarios y por la fundamentación de nuevas teorías desde inicios del siglo pasado. Por ejemplo, el principio de incertidumbre de Werner Heisenberg, la teoría de la relatividad de Albert Einstein y la teoría del caos, han ratificado el error de creer que en sentido amplio, exista para la ciencia un *criterio de objetividad* que discrimine el conocimiento verdadero del que no lo es.

Grosz anota que la *crisis* ha hecho manifiesto que la producción de ciencia, esté localizada en un determinado contexto, según intereses políticos y sociales; y se dé según posiciones ideológicas indisolublemente vinculadas al poder²¹. Al respecto, Michel Foucault ha mostrado que ambos (el saber y el poder), están intrínsecamente unidos, resultando de su interacción, la creación de efectos complementarios²².

De modo general, desde Edmundo Husserl, se advertiría que algunos filósofos de profesión, creen que la crisis de la ciencia se ha configurado por la confrontación entre la matematización galileana de la naturaleza (*máthesis*), y los intereses cartesianos por la subjetividad²³. Husserl además, ha insistido en que se debe adquirir conciencia de la necesidad de pensar nuevos fundamentos epistemológicos que otorguen a la ciencia actual la posibilidad de realizar la conciliación entre ambas posiciones.

En el mismo nivel de generalización, otros filósofos (Martin Heidegger, Jürgen Habermas, François Lyotard, Richard Rorty y Fredrik Jameson entre varios), han referido el imperativo de fundamentar el conocimiento científico en su más amplio sentido y definición. Mientras tanto, pensadores como Michel Foucault, Jacques Derrida y Gilles Deleuze a lado de filósofos postmodernos contemporáneos, han señalado que se trata de una crisis de identidad, de la crisis de la modernidad, el capitalismo y la moralidad del siglo XX. Lo cierto es que, concluye Grosz, estamos ante la crisis de las *ciencias del hombre*, puesto que es irrecusable denunciar hoy día, los enfoques reduccionistas que hacen de la humanidad un objeto físico; de la psicología, una técnica conductista; de la sociología, un saber de tendencias estadísticas; y de la historiografía, un conocimiento positivo. Hoy, tales enfoques definitivamente no pueden seguir desarrollándose sobre sus febles cimientos²⁴.

Genevieve Lloyd insiste en que la *crisis* es un cuestionamiento a las nociones griegas que han establecido un determinado sentido de largo alcance para la ciencia y la filosofía²⁵. Es la crítica a que el conocimiento racional se construya como un medio de control y transformación de las fuerzas de la naturaleza, asumiéndose la tecnología como una aplicación mecánica de tal conocimiento. Platón habría tenido una fuerte influencia sobre la idea contemporánea de la esencia del conocimiento científico, la cual fue reforzada posteriormente por Bacon.

Desde la “superación” de la etapa mítica de los griegos (lo que ocurrió con Platón), hasta Bacon, habría existido según Lloyd, una variación de importancia. La materia se convirtió de un componente incontrolable de la naturaleza (en el imaginario mítico), en un factor domeñable (en la cultura de la modernidad). Así, asistimos al tránsito del poder oscuro de lo corpóreo al control de las leyes que lo determinan.

Lloyd anota que la relevancia de Bacon radica en que gracias a este filósofo inglés, se habría definido una epistemología de la modernidad por la cual el conocimiento tendría en última instancia, un carácter instrumental orientado para subyugar y controlar a la naturaleza.

Bacon enfatizó que la naturaleza debía ser tomada como una gran máquina, un mecanismo cognoscible y domeñable. Pese a que Lloyd destaca la relación de Bacon con Platón, es posible advertir claramente la influencia aristotélica sobre el filósofo inglés, especialmente cuando dice que la naturaleza tiene una esencia femenina en analogía con el cuerpo; y que en relación a éste, la ciencia (asociada con la mente y lo masculino), tiene derecho a dominarla y *poseerla*²⁶.

Bacon postuló un “matrimonio” entre la naturaleza y el pensamiento. El conocimiento es el poder que permite construir contenidos verdaderos por la *penetración* del objeto; mientras que la femineidad es como la naturaleza: misteriosa y dispuesta a ser conquistada. Lloyd dice que desde el imaginario mítico de los primeros griegos hasta Bacon, la materia se transformó de una fuerza poderosa, en un factor regulable. Se trata del tránsito de un poder oscuro al control de lo natural.

Es posible admitir con Helen Longino que exista cierta continuidad entre el pensamiento epistemológico de Platón y el que Galileo explicitó más de dos milenios después. En ambos casos prevaleció el propósito de descubrir modelos científicos fijando relaciones concebibles²⁷. Platón realizó esto con su teoría del recuerdo de las esencias (la *anámnesis*), y con la noción de existencia de las formas en el *topos ouranios*; mientras que Galileo creía que la ciencia busca ante todo fijar las *leyes de la naturaleza*. El conocimiento verdadero se da para él, como resultado de la *lectura*, en el gran “libro de la naturaleza”, de los principios inteligibles que la regulan.

La epistemología moderna desde Descartes y el modelo de la visión

En este recuento de las ideas filosóficas sobre la ciencia, puestas al descubierto como la *crisis* de los fundamentos epistemológicos de la modernidad, Evelyn Keller y Christine Grontkowski, dicen que en Newton, considerado el padre de la física moderna, siguen siendo centrales como en Platón, los ojos y la luz, tanto literal como metafóricamente²⁸. A pesar de que Newton no aceptó el modelo interactivo de la visión, no pudo evadir la influencia platónica. En su tiempo lo *visual* tuvo preeminencia incluso en los campos de la metodología científica y la psicología, preeminencia que desde hacía mucho tiempo la habían ostentado en los escenarios intelectuales, política e ideológicamente dominantes, la metafísica y la teología.

Las filósofas de referencia creen que el **modelo de la visión** es tenazmente persistente en la teoría de la ciencia. Sin considerar por ejemplo el deslumbramiento del filósofo cuando sale de la caverna (Platón), sin tomar en cuenta la vida teórica como “develar” la verdad (Aristóteles), incluso simplemente haciendo referencia a la dióptrica cartesiana, la teoría de

la luz de Newton, y la lectura galileana del libro de la naturaleza; *el modelo de la visión* aparece recurrentemente en la epistemología occidental.

Ante este modelo, la crisis de la ciencia moderna tampoco resulta inocua. Keller y Grontkowsky critican por ejemplo, a Hans Jonas, quien habla de una “presencia simultánea” en el modelo visual, se trata de las dimensiones espacial y temporal. En un contexto espacialmente localizado, en un momento temporalmente definido, tenemos la posibilidad de “asir” cualquier contenido cognitivo, podemos “aprehenderlo” aquí y ahora. La *visión* es además, según Jonas, la pauta, condición y principio para la acción. El conocimiento tiene la finalidad de ser aplicado sobre la base de la “neutralidad dinámica”. Así, el conocimiento teórico “objetivo” (neutral), se dinamiza en la práctica, en el contacto directo y en la comunicación. Inclusive para Jonas, la comunión de los seres humanos es posible sólo al *ver* dentro ... viendo en los ojos.

Keller y Grontkowsky se preguntan con admiración cómo fue posible que el **modelo de la visión** llegara a tan insospechadas implicaciones. ¿Cómo la fuerza masculina pudo modelar epistemológicamente la visión, hasta ser incomparablemente tan compleja en relación a la noción original (el deslumbramiento del filósofo al salir de la caverna platónica)? También se preguntan, ¿cómo este modelo puede determinar el pensamiento? Ambas indican que el modelo establece que el conocimiento debe ser salvaguardado del deseo en aras de la *objetividad* y la *neutralidad*.

Siendo consecuentes feministas, las autoras de referencia dicen que en la sociedad patriarcal y capitalista de hoy, el **modelo de la visión** se expresa inclusive en las distorsiones del “voyeurismo”. Aparte de que el “voyeur” se representa a la mujer como el *objeto* de deseo ideológicamente manipulado, esta actividad social implícitamente aceptada, expresa la des-erotización del cuerpo y la intimidad, se trata de la radical división entre el *objeto* visible y el *sujeto* vidente. Lo que podría ser la unión de lo epistémico y lo lúdico, del trabajo y el juego, una síntesis no discreta del objeto y el sujeto²⁹, se convierte en una variación más del propósito de salvar al modelo visual, orientándolo según las tecnologías de estímulo de la perversión.

En oposición a la valoración que hace Husserl de Descartes, la opinión de Evelyn Keller y Christine Grontkowski establece que el decurso de la filosofía *masculinista* hay que seguirlo criticando también a René Descartes. Según las autoras mencionadas, en el siglo XVII se hizo patente la unión de la luz y el conocimiento por la sólida conexión establecida entre ambos gracias a la filosofía cartesiana.

En Descartes la visión de la mente permite entender por qué nosotros conocemos cada cosa, desde el más simple hasta el más complejo contenido. Además, su *Dióptrica* evidencia una actitud típicamente suya frente al tema de la visión, el cual aparece como metáfora del conocimiento y núcleo del mismo.

Naomi Scheman piensa que Descartes estableció el método como una forma de “disciplina” que requiere actos de la voluntad provenientes de la periferia de la mente³⁰. El sentido de su

filosofía estaría orientado a determinar la absoluta confianza en la razón y cómo se puede ejercer control sobre las circunstancias del cuerpo y las veleidades de los demás sujetos.

Descartes necesitaría demostrar que su método produce conocimiento verdadero y no sólo la cacofonía de la opinión. Además, dejaría entrever en sus escritos, los fundamentos para la construcción de un sujeto según el ritmo de la disciplina. Scheman dice que aunque él encarne los ideales de la subjetividad, lo hace respecto de una subjetividad focalizada en los privilegios de los propietarios solamente, los filósofos y hombres de ciencia de quienes asume sin más que son heterosexuales de cuerpo saludable: *substancias pensantes* encarnadas en los *hombres blancos*.

Una consecuencia epistemológica sobresaliente del pensamiento de Descartes según Scheman, es que de su metafísica se colige que sólo la *res cogitans* piensa, no es el cuerpo, la materia, ni la corporeidad sexuada. Desde una perspectiva feminista, no hay razón para aceptar que filósofos al estilo de Descartes, impongan su opinión sobre los requerimientos que deban ser satisfechos en el proceso de conocimiento científico. No hay necesidad de aceptar los supuestos ni exigencias cartesianas; al contrario, es necesario denunciarlos tipificándolos como “paranoicos”.

La epistemología de Descartes tendría un contenido “paranoico” porque al desplazar el pensamiento del cerebro a la *mente* inextensa, emplearía un mecanismo central de proyección por el cual, algo absolutamente *incorpóreo* (la razón), vincula por alienación, contenidos objetivos correspondientes a las cosas sobre las que versa. Asumiendo la definición freudiana de “paranoia” como un proceso de escisión y alienación, Scheman indica que la filosofía de Descartes no puede eludir que el *yo* aparezca como algo dividido. Tal escisión se da entre la componente racional del *yo* (por definición, inmaterial); y la *psíquica* propiamente dicha (es decir, los procesos reales de la subjetividad, como la afectividad).

Tal alienación tiene la finalidad de crear el sentido de objetividad, de modo que el objeto de conocimiento, la cosa sobre la cual la *res cogitans* establece un contenido definido, resulta vinculado a algo substancialmente diferente: el *yo inextenso*. Dicho sentido de objetividad crea para Scheman, además, la “neurosis de privilegio”.

Descartes como otros que han sentado las bases de la epistemología moderna, son víctimas según Scheman, de la “neurosis del privilegio”. Esta neurosis hay que entenderla como la pulsión enfermiza por dar preeminencia al conocimiento *objetivo* (y por lo tanto, “verdadero”), partiendo de la sustancia *corpórea*, y asentándose irremisiblemente en la esfera de un *yo pensante*.

Es notable que Descartes se haya planteado interrogantes relacionados con el objeto y el sujeto, y reconocidos en la historia del pensamiento filosófico como “el problema de la comunicación de las substancias”; es aun más sorprendente que haya previsto algunas pautas de solución. Scheman no trata el tema, pero que el filósofo francés muestre preferencia por contenidos referidos a los objetos ideales (los números, la geometría analítica y su propia metafísica), restringe la eficacia de la objeción feminista a las ciencias con base empírica. Si el privilegio se centra en la preeminencia de la *res cogitans*, y si

Descartes jerarquiza el conocimiento matemático (como menos inseguro frente al que parte de la experiencia sensible); entonces es plausible que su “racionalismo” le permita afirmar que la substancia pensante se desplaza sin mayores dificultades, en lo que le es propio: la esfera de los *entes ideales*.

La influencia moderna de Descartes, inclusive sin aceptar su teoría de las tres substancias, radica en opinión de Scheman, en que el quehacer científico específico dentro de una determinada disciplina, al buscar *objetividad* inconcusa, implica una “psicosis paranoica”. Es decir, conlleva a una alienación que reduce o centraliza al *yo* en la razón. Admitiendo que en la conciencia racional aparecen contenidos correspondientes a las cosas, se crearía un estatuto único para el sujeto que enuncia: sólo él tiene la soberanía de la verdad avalada por las particularidades de su exclusiva ocupación disciplinaria. Sólo él tendría la posibilidad de moviéndose en la esfera del pensamiento, afirmar las esencias de las cosas.

En oposición a esto, Scheman reclama y aboga por la reintegración del cuerpo y la mente según una concepción de subjetividad que habilite nuevas relaciones epistémicas, y que entienda al *yo* de modo unitario e integrado. Así se ratificaría por caminos diferentes, el deseo de Husserl de que la ciencia del siglo XX encuentre una síntesis entre el *objetivismo* universalista y el *subjetivismo* de la conciencia.

Volviendo al **modelo de la visión** encontramos que tiene una nítida analogía en la teoría liberal y la Ilustración. Naomi Scheman dice que el liberalismo es y ha sido, el discurso del progresivo descubrimiento de las verdades más importantes vistas gracias a la iluminación de la luz de la razón. Sin embargo, este discurso ha tenido, pese a su pompa, propósitos prosaicos como la internalización de normas para la auto-constitución de “privilegios democráticos”. Así, lo que Scheman dice respecto del trasfondo político de la filosofía de Descartes, se puede afirmar de los filósofos liberales del siglo XVIII, XIX y XX: han logrado que “sus” problemas sean considerados “los” problemas de la sociedad, gracias a la internalización de normas de privilegio que remarcan ideales discursivos de heterosexualidad, salud, pensamiento y raza³¹.

Scheman afirma que la estructura de la autoridad epistémica moderna, evidenciada en la Ilustración, regula estrategias de auto-constitución a partir del diseño del método cartesiano. Jane Flax por su parte, ya en 1987³² decía que el discurso de la Ilustración, relevando un *yo* estable, proclamando que la razón provee de objetividad al conocimiento universal y que el lenguaje tiene un carácter transparente; impulsa un discurso constitutivo de alguna verdad útil al poder. Más aún, preddefine que cualquier ejercicio individual de autonomía y libertad, deba darse según los preceptos y la formación discursiva alumbrada por la luz de la razón.

Son estos nexos y tales propósitos los que muestran la materialidad de los discursos epistemológicos, y los que hacen patentes las connotaciones “políticas” de la teoría de la ciencia. Si se ha desarrollado una progresiva “crisis” de los fundamentos modernos de la ciencia (asentados en las raíces del pensamiento filosófico griego), la crisis de la epistemología especialmente neopositivista, es también la crisis de las consecuencias sistémicas del poder y de la configuración de la sociedad según su racionalidad implícita.

El término *crisis* significa en su origen, “decisión”. En la epistemología se trata de la *decisión* que la ciencia debe tomar respecto de las opciones teóricas de la postmodernidad, la opción que destruye los anteriores fundamentos, y propone nuevos horizontes para pensarla. Se trata de la decisión que no puede dejar de considerar “ofertas” teóricas como la de cierto feminismo, articuladora de nuevas nociones con un fuerte carácter ideológico e interesado. No es una búsqueda *neutral y objetiva* de la nueva teoría epistemológica que tenga óptimas implicaciones políticas y sociales. La crisis de la ciencia es la crisis de la sociedad y de su estructura constitutiva, ante la cual se hace más imperativa la búsqueda de nuevos caminos huyendo de la meta adónde han conducido más de veinticinco siglos de la filosofía occidental.

Las decisiones contra la epistemología decadente de la modernidad son decisiones críticas en fuga de los escenarios a los que ha conducido el patriarcado en pos de nuevas simbiosis indiscretas y lúdicas que conciban a la ciencia más acá de las discusiones racionales con un solo valor de verdad. Por ejemplo, Gayatri Spivak señala indicios de este nuevo sendero de huida para la reconstrucción de la naturaleza y de la humanidad con un poder inédito y desubstanciado: el cuerpo es un instrumento de conocimiento, es el lugar de las relaciones incomprendidas y el escenario donde el placer sexual canaliza el exceso de imaginación y figuración. El cuerpo es la base de creación de nuevos estándares epistémicos según conceptos previamente evaluados e ideológicamente aplicados; es la base para la creación de una epistemología inédita e inefable.

La persistencia del neopositivismo

Helen Longino en un artículo publicado por primera vez en 1993, enfáticamente dice que la filosofía tradicional ha adoptado la forma del empirismo según las siguientes características³³: en primer lugar, el agente de conocimiento paradigmático de occidente se ha constituido en un individuo en constante intento por liberarse de toda distorsión cognitiva (“ideal de la subjetividad no contaminada”). En segundo lugar, explícita o implícitamente, la epistemología moderna ha supuesto que la conciencia individual equivale al sujeto de conocimiento. Finalmente, para la concepción tradicional, la conciencia opera de acuerdo a los principios independientes de la experiencia corporal, generando conocimiento de valor “neutral”.

En contraposición a esta tendencia epistemológica según Longino, el *feminismo* se ha esforzado por relacionar la naturaleza de lo femenino con el pensamiento científico; ha insistido en que el conocimiento es resultado de ciertas prácticas, y ha remarcado la estrategia de identificar la ciencia, con el poder y la fuerza masculina. Asimismo, el *feminismo* ha vinculado la pasión con el conocimiento y ha caracterizado a aquélla como una función social, y como parte de una subestructura emotiva producida por la psicodinámica de la individuación.

Cabe destacar que las tendencias tradicionales señaladas por Longino se han realizado en el siglo XX de modo particularmente claro, en el neopositivismo. No es pertinente acá hacer una exposición sumaria de tendencias, autores y variantes que de una u otra forma se

incluyen dentro de posiciones compartidas. Basta remarcar que desde el Círculo de Viena, incluyendo a autores como Popper y Wittgenstein, sumándose escuelas como la de Berlín, Cambridge, Oxford y otras de Estados Unidos, los enunciados fundamentales del neopositivismo han estado presentes en la epistemología contemporánea y han dominado la teorización sobre la ciencia de un modo particularmente denso y poderoso³⁴.

Algunos rasgos comunes de estas tendencias, aparte de los señalados por Longino, son por ejemplo, que es necesario admitir el valor intemporal de las proposiciones científicas, y que no se puede cuestionar la existencia incontrovertible del criterio empírico de demarcación entre “enunciados significativos” (propios de la *ciencia*) y “no significativos” (en el ámbito de lo fáctico, la *pseudo-ciencia*). Tampoco se puede poner en tela de juicio las condiciones de neutralidad y objetividad “científica”. Además, es fundamental referir que en la visión epistemológica neopositivista, la variable histórica se anula: si se considera la *historia* de una ciencia, es para mostrar que hubo cierta *acumulación* de proposiciones cernidas por la criba de la verificación, hasta formar cuerpos de conocimiento verdadero que se imponen en cada disciplina al margen de las vicisitudes históricas en las que surgieron y donde se discutieron.

Al identificar estas tendencias, Elizabeth Potter destaca la importancia del individualismo en el neopositivismo³⁵. Acá el individualismo es principio y *agente* de conocimiento condicionante de una metodología *solipsista*. Además, para este punto de vista, la experiencia epistemológica individual es el factor determinante para la producción de las más importantes distinciones conceptuales.

Del mismo modo como Longino remarca la oposición del feminismo a los principios epistemológicos neopositivistas, Potter insiste en que el individualismo aislado no puede producir lenguaje ni conocimiento. Sin embargo, Potter encuentra en un autor vinculado a la propia tradición filosófica en cuestión, en Wittgenstein, sugerencias teóricas interesantes para argumentar en contra del individualismo epistemológico. Siguiendo al filósofo y matemático austriaco, la autora dice que dado que el lenguaje es público, es necesario al menos, dos o más personas con los mismos conceptos de verdad para que se pueda “trabajar” en la ciencia.

El hecho de que Potter acuda a un filósofo vinculado a la tradición neopositivista, muestra las discusiones, tensiones y variantes que se dan en esta tradición. Al respecto por ejemplo, son conocidas las discusiones entre Wittgenstein y los pensadores del Círculo de Viena. Sin embargo, desde una perspectiva *feminista*, tales discusiones no alteran sustantivamente sus supuestos comúnmente aceptados.

El mérito de Potter se da en que extrema las posiciones de Wittgenstein, de manera que partiendo de su teoría del lenguaje termina vinculando el conocimiento científico con una serie de mediaciones sociales e históricas. Al respecto dice que dada la imposibilidad de un **lenguaje privado** en la ciencia, es necesario reconocer que ésta está atiborrada de creencias compartidas por dos o más agentes epistémicos que usan el mismo lenguaje. Para que una teoría (una creencia formulada de manera específica), tenga valor de conocimiento

científico, hay que reconocer que son las *macro* y *micro-negociaciones* epistémicas las que validan o refrenan tal proceso.

En el mundo contemporáneo de la ciencia, hay varios modos como tienen lugar tales *negociaciones*. Cabe citar por ejemplo, los intercambios en seminarios y conferencias, la constitución de grupos académicos y comunidades virtuales que actúan como censores colectivos de sus propios resultados; la manera cómo las creencias se aceptan y difunden en base a simpatías o antipatías extra-científicas, etc., etc. Estas formas de validación del conocimiento son llamadas por Potter, “micro-negociaciones”; entendiéndose que las “macro-negociaciones” son interacciones mundanas que influyen para que las creencias científicas sean contestadas, modificadas, aceptadas o despreciadas en relación con la base empírica.

Tales “negociaciones” se advierten entre algunas filósofas y científicas estadounidenses *feministas* que teorizan sobre la ciencia en el marco del neopositivismo. Así, lamentablemente, entre ellas no se da siempre una cercanía intelectual mínima a posiciones *historicistas*, ni a teorías reñidas con los supuestos tradicionales. Tampoco es general la simpatía por autores como Thomas Kuhn, Paul Feyerabend o Michel Foucault. Que Potter diga que las “macro-negociaciones” señalan pruebas empíricas en última instancia, denota una influencia neopositivista que no es extraña entre la mayoría de las intelectuales del norte. El caso de Mary Tiles es el más notorio probablemente, tal autora se siente llamada a efectuar una “defensa” de la *neutralidad científica*, considerando que no es pertinente en la teoría de la ciencia hablar de las oposiciones entre lo masculino y lo femenino, lo dominante y lo dominado, ni entre los contextos sociales y políticos del *primer* y *tercer* mundo³⁶.

Con un gesto tradicional, Tiles dice que el interés de la ciencia es “universal”, y que cada ser humano “busca” a través de ella, incrementar su control tecnológico sobre el medio ambiente para lograr condiciones de vida más segura. Si bien enuncia que es necesario tener posiciones epistemológicas críticas y radicales, en su trabajo no se advierte alternativa alguna que argumente contra la experiencia como criterio fundamental. Su posición no incluye propuestas teóricas en contra de las tendencias tradicionales, y aparte de alguna precisión sobre la neutralidad, apenas dice que la ciencia es independiente de los intereses y los valores.

Tal vez esto se explique con lo que dicen Evelyn Keller y Helen Longino³⁷. Hasta 1960 ha prevalecido en la academia estadounidense una concepción *empirista* de la ciencia. Dicha concepción exige también un procedimiento lógico-deductivo. Las autoras indican que la noción empirista no excluye un correlato lógico, por lo que es admisible que dentro de la misma tradición “neopositivista”, cohabiten en similares estructuras teóricas implícitas, autores tan diferentes como Moritz Schlick de las primeras décadas del siglo XX, von Mises y Quine entre los recientes, además de Popper y Wittgenstein entre los famosos.

Si alguna recurrencia todavía hoy es evidente en el neopositivismo son los supuestos de los filósofos del Círculo de Viena, la escuela de Oxford, Cambridge, Berlín y otros pensadores y hombres de ciencia. Tal recurrencia es notoria por ejemplo al considerar el valor de la

experiencia en la constitución de la “verdad científica”. Se trata de una tradición asentada sobre profundas raíces de la filosofía inglesa y que ha tenido una valoración incondicional en Estados Unidos. Tal filosofía ha fijado las pautas de la epistemología en el hemisferio norte, el mundo anglosajón y los países “desarrollados” que son supuestamente la “vanguardia” tecnológica y científica del globo.

Sin embargo, en sólo un siglo y medio de la historia de occidente se han removido las concepciones de fondo que sustentan esta visión del mundo. Aunque prevalezca hoy día el neopositivismo, han variado algunas viejas ideas del alba de la filosofía. Se trata del cambio de ciertas nociones caracterizadas por las autoras feministas como el “patriarcado filosófico” o la “logocracia machista”.

La epistemología ha sido “tradicionalmente” la teoría de la ciencia que permite saber qué conocimiento es científico. En dos milenios y medio las variantes constatan que las posiciones se han consolidado sólo gracias a la aceptación implícita de que la verdad es única, de que es posible acceder a su conocimiento de manera inequívoca, y que solamente ella permite al hombre localizarse en el centro de la naturaleza para gobernarla y manipularla según su inventiva tecnológica. Tal idea es expresada por Genevieve Lloyd quien afirma que el conocimiento racional ha sido construido como medio de control y transformación de las fuerzas de la naturaleza, con la condición de que, en relación a éste, lo femenino quede a la zaga³⁸. Así, lo asociado con el género femenino permanece detrás o por debajo del dominio de la ciencia.

Las oposiciones tradicionales que se encuentran en la “gnoseología” escolarmente expuesta (Johannes Hessen), oposiciones según la dicotomía entre el racionalismo y el empirismo, no han limitado que los neopositivistas incorporen referencias “logicistas” (o distintas vías de sobrevalorar la “razón”), incluso cuando se trata de las ciencias empíricas.

Por otra parte, si bien Bertrand Russell piensa que la lógica es un lenguaje lógicamente perfecto, si bien varios autores establecen el valor incuestionable de las ciencias *formales*; esto no obsta para que en el campo de las ciencias *fácticas* (las naturales y sociales), hayan aparecido modelos de corte *fisicalista* y posiciones como las de Wittgenstein o Popper que señalan “líneas de demarcación” y criterios empíricos para decidir cuáles proposiciones son “significativas” y cuáles no. Así, han tenido vigencia distintas ceremonias intelectuales para encumbrar conceptos diversos que como las autoridades de turno (incluida la mano férrea de la *experiencia*), tienen el poder de discriminar la ciencia de la “pseudo-ciencia”.

Cuando Evelyn Keller dice que el conocimiento científico hasta 1960 se ha basado en el razonamiento lógico aplicado a la observación experimental con métodos neutrales y contextos independientes; es necesario entender su aseveración a partir de las consideraciones precedentes³⁹. Tradicionalmente ha existido una pulsión “logo-céntrica” y “falocrática”⁴⁰, casi siempre asentada sobre el trono de la experiencia, una pulsión que, coronada con la imparcialidad de la verdad y la soberanía del conocimiento, ha gobernado el reino del saber científico recurriendo a la ideología del “imperio de la razón” para perpetuar la situación de dominio de las élites intelectuales, y de otros actores en amplios escenarios del cuerpo social. Lamentablemente en lo que respecta al neopositivismo, el

feminismo no ha llegado a ser lo suficientemente ácido para corroerlo, ni lo sistemáticamente radical para conjurarlo. Sin embargo, es necesario reconocer que el desarrollo científico y las ideas de algunas filósofas permiten tener expectativas teóricas susceptibles de ser verbalizadas.

Expectativas y dificultades en la epistemología feminista

Al considerar trabajos científicos específicos surge con notoriedad, un conjunto atiborrado de ideas epistemológicas fértiles para la perspectiva feminista. Resulta evidente que la crítica feminista a la filosofía occidental llega en varios casos, a situaciones extremadamente radicales. ¿Por qué entonces, cabe preguntarse, se hace dificultoso que aun hoy día, las filósofas y científicas del norte tengan reticencia a atacar con fuerza al neopositivismo?

Según Keller y Longino después de 1960⁴¹, se han dado modificaciones sustanciales en la teoría de la ciencia gracias a los trabajos de Thomas Kuhn, Paul Feyerabend y Russell Hanson. Pese a que hasta 1970 persistía en las disciplinas convencionales, la exclusión histórica de la vida y la experiencia de las mujeres; progresivamente fue reconociéndose el “concepto de género” como una herramienta teórica útil para el análisis. Esto permitió que se viera la *ideología* como un despliegue sobre la estructura del mundo social e intelectual, y como un contenido del pensamiento y los cuerpos de hombres y mujeres.

Fue perfilándose una voz diferente, la voz que Carol Gilligan piensa que surgió proveniente de las diferencias entre los sexos⁴². Se trata de la voz de las feministas y científicas que resonó en contextos cruzados por relaciones de poder opresivas. Gilligan considera que los hombres y las mujeres hablan distintos lenguajes creyendo que es el mismo, acá radica según ella, el principio de los malos entendidos, la incompreensión y la incomunicación. Sólo en cuanto las mujeres hicieron escuchar su voz, fue construyéndose una organización distinta de la realidad a la que tradicionalmente el hombre había creado. Comenzó a prevalecer la conciencia de la separación entre los sexos, la situación particular de las mujeres se hizo patente, y los cambios de vida se hicieron necesarios para adquirir nuevas experiencias. En tal contexto comenzó a perfilarse la sistematización de la epistemología feminista.

Jane Flax destaca que la meta del feminismo ha sido analizar las relaciones de género como relaciones de dominio⁴³. Sin embargo, al desarrollarse la idea de que los hombres y las mujeres deben entender, aceptar y proyectar su anatomía, biología y sexualidad (además de otros tópicos *desde* “la perspectiva de género”), se percibió la irrupción de nuevas formas de concebir el trabajo científico, y en consecuencia, a la ciencia y la filosofía.

Alcanzados los propósitos políticos del feminismo, adquirió una plausible expectativa la posibilidad de unir el punto de vista de género con el mundo en el que vivimos y con la reflexión sobre la ciencia. Pareció interesante pensar cómo nos afecta vivir en este mundo y se hizo necesaria la elaboración de nuevas relaciones entre el poder y el conocimiento. El feminismo fue perfilando un escenario de construcción teórica y de práctica política, aquél que se abría en el terreno de dominio marcadamente masculino: la filosofía de la ciencia. Al

imaginarse nuevas formas de transformación del mundo prevaleciente, para el feminismo creció la posibilidad de pensar de manera inédita, conocimientos científicos distintos a los anteriores y de ensayar teorías originales sobre la esencia y los procedimientos de la ciencia.

Sin embargo, incluso hoy no es aconsejable creer que las feministas tengan necesariamente una o varias “visiones” genuinas sobre la ciencia, ni que sus “teorías” epistemológicas sean indefectiblemente *alternativas*, más consistente o más “racionales” que otras perspectivas, incluyendo las múltiples variantes de la tradición occidental tipificada como *masculinista*. Al hablar de la ciencia desde una perspectiva “feminista”, incluso hoy se presenta la paradoja de la teorización. Si las feministas teorizan desde la lógica occidental, según el estilo y el contenido argumentativo propio de la filosofía y la ciencia forjada de modo milenario, entonces en el metalenguaje de la epistemología, ellas incurrirían en los mismos errores que denuncian. Tales errores están focalizados en la suposición de que existe una sola forma de producción intelectual y trabajo académico: el método argumentativo y la exposición deductiva desarrollada por una élite pensante excluyente de otros estilos de trabajo y de otros actores.

Por ejemplo, si las feministas dicen que la variable de la afectividad debe ser tomada en cuenta en la teoría y la historia de la ciencia, estableciendo que es necesario reconocer las múltiples dimensiones de la crisis de la razón; entonces hasta ahí es posible que sean consecuentes con su crítica al “ocular-centrismo” y a la *logo-cracia masculinista*. Pero, incluso para expresar esto, no tendrían que efectuar ninguna verbalización intelectual según el estilo, la forma y orientación tradicional de “los ojos de la razón”, ya que al hacerlo incurrirían en lo que critican.

La mayoría de las intelectuales de la academia estadounidense son escritoras y personalidades universitarias, por lo que la paradoja citada ha sido práctica y “naturalmente” resuelta. Se ha forjado una “comunidad intelectual” que no puede dejar de ser un grupo elitista de producción de conocimiento.

Como señala Naomi Scheman⁴⁴, tanto cuanto el elitismo es patente en la moral y la política, lo es en la epistemología. Es de lamentar que tenga que serlo también en el feminismo, tanto en su dimensión política como filosófica. En la teoría de la ciencia, como en otros escenarios intelectuales, es cierta “élite” la que avala con la luz que proviene de ella misma, cuáles son los contenidos que se ajustan a la doctrina vigente. De tal modo, en la epistemología feminista se ha conformado un grupo pequeño de intelectuales que decide cuáles son las mejores opciones para sí mismas, sin lugar a réplicas ni posiciones disonantes.

Por otra parte, hay que tomar en cuenta que las feministas en muchos casos, han preferido argumentar, teorizar y exponer las razones más convincentes que podían encontrar, para dar relevancia a sus emociones e intereses, entre los que se cuenta el deseo por alcanzar prestigio académico. Tal opción significativamente interesante ha consistido, y todavía consiste hoy, en dotar a sus posiciones afectivamente preestablecidas, de análisis históricos y de polémicas conceptuales según un determinado posicionamiento teórico. Así, los estudios feministas devinieron en tratar la génesis y los cambios de las formaciones

discursivas, incurriendo en lo que criticaban: cayendo en perspectivas filosóficas *falocéntricas* y en posiciones científicas “machistas”. Aplastando un quehacer intelectual potencialmente diferente: aquél que las mujeres podrían realizar y que en las últimas décadas algunas comenzaron a tratar de hacerlo.

Lorraine Code señala que las feministas critican a la filosofía occidental y en especial a la epistemología tradicional, indicando que la supuesta “autonomía” de los pensadores, es sólo la situación de privilegio de un pequeño grupo de hombres blancos y educados⁴⁵. Si bien esto muestra el modo cómo se extreman los alcances políticos, sociales y genéricos de la crítica feminista, es necesario que tales intelectuales reconozcan también que ellas mismas reproducen otras exclusiones, constituyéndose en los nuevos grupos académicos de poder.

Pese a todo, es posible afirmar con Evelyn Keller que la crítica feminista promueve una potencial liberación de la ciencia⁴⁶. Las feministas deben mostrar que las prácticas de los científicos son injustas, que la ciencia es un proceso social de creación de conocimientos en el que predomina el despliegue cognitivo de los varones, y que para entender su avance, es imprescindible considerar los contextos social y político, superando la noción clásica del enfoque positivista que afirma la neutralidad y la objetividad como valores absolutos.

Keller dice que las feministas deberían denunciar que el “método” y la “teoría” se han dado en la ciencia como un natural *continuum*, encubriendo procesos de selección manipulados. Ninguna descripción teórica emergente debe ser aceptada y validada como “científica” sin recurrir a consideraciones sobre los medios y fines que rebasan el contenido. Es necesario reconocer que en la ciencia no sólo existe la dimensión *cognitiva*, sino los rasgos *afectivos* y *genéricos*.

Las feministas deberían insistir más, agrega Keller, en que los contenidos de verdad se construyen relacionando significados y sistemas de interacción, sobre los que opera la “comunidad científica” con una base ideológica arbitraria de “objetividad”. A lado de la dimensión cognitiva, son igual o más relevantes, el nivel afectivo y el genérico. Los rasgos afectivos operan sobre el deseo de autonomía en la investigación; mientras que los rasgos genéricos son determinados por la pulsión de “masculinidad” patente en la historia de la ciencia y la epistemología.

Las expectativas auspiciosas para la epistemología feminista radican en opinión de Naomi Scheman⁴⁷, en articular la pluralidad de sujetos (incluidas las mujeres) con las relaciones existentes entre ellos y con el mundo que cada uno puede conocer. Además, la perspectiva feminista permite advertir la conexión entre la intención, la voluntad y la acción. La experiencia de las personas y los grupos subalternos que viven en culturas dominantes, establece la diversidad de vías para que surjan identidades múltiples. La epistemología ya no aparece como una teoría universal y neutra. Su desarrollo varía si las personas que la elaboran son mujeres, gente de color, inválidos, homosexuales o lesbianas.

Acá, como en otras partes, el trabajo de Michel Foucault es significativamente relevante. Las categorías de los excluidos secularmente de la labor intelectual, Foucault las muestra

como parte de las estrategias de regulación y contención social⁴⁸. Pero también representa aspectos latentes y posibilidades realizables, se trata de las potencialidades, de los múltiples caminos por los cuales la gente puede llegar a ser diferente, los caminos que desnudan la *psiché* de los privilegiados, mostrando sus modelos como una simple opción (tal vez deleznable), de lo que se proyecta sobre los cuerpos y las identidades.

Seyla Benhabib sugiere que en epistemología, el trabajo del feminismo es auspicioso porque muestra la necesidad de aceptar que cada individuo tiene derechos y deberes similares a los que cualquier otro pueda señalar para sí mismo⁴⁹. Las feministas insisten en que las personas asuman que cada ser racional tiene una historia individual, con identidad y constitución afectivo emocional peculiar. Iguales criterios se aplican al desarrollo de la ciencia. En el quehacer científico hay que encontrar las expresiones humanas, las relaciones de interacción basadas en la amistad y la otredad, los intereses personales y la libertad moral; se trata de las definiciones individuales y las pugnas de interés. Una actitud abierta a los otros es también un gesto pluralista que entiende la labor científica como parte de la vida humana, y resultado de los proyectos e intereses de las personas y las colectividades.

Con Naomi Scheman finalmente, es posible concluir que el feminismo contribuye a mostrar el carácter proteico del mundo⁵⁰. El mundo contemporáneo es representado como un genio lúdico que siempre está durmiendo y a quien no es posible obligarle a hablar. Sin embargo, el feminismo contribuye a apreciar este mundo en su dimensión más vívida como “final de la historia” y muerte de los *meta-relatos*. Se trata de donde emergen los nuevos actores sin sustantivos ni proyectos holistas, un mundo en el que prolifera la multiplicidad de “horizontes de interpretación”, en el que la dispersión se hace estructural, la postmodernidad inevitable y la “claustrofilia” se convierte en la principal estrategia de sobrevivencia. Como discurso político y teoría epistemológica, el feminismo arma rompecabezas mostrando una imagen paradójica: en el cuadro nada es unitario ni continuo, y la totalidad es la imagen de piezas incompletas, inasibles y que a veces no ensamblan...

NOTAS

- 1 A manera de ejemplo es posible citar a Johannes Hessen. Tratar el tema del conocimiento filosóficamente es posible según Hessen, tanto en *general* como de modo *especial*. La teoría general estudia los problemas referidos a la posibilidad, esencia, origen, formas, certeza y límites del conocimiento, además del criterio de verdad. Por otra parte, la teoría especial del conocimiento implica dos ámbitos: la problematización sobre las categorías y acerca de la ciencia (es decir, la *epistemología*). Cfr. *Teoría del conocimiento*. 13ª ed. Colección Austral. Espasa Calpe. Trad. José Gaos. Madrid, 1973. Véase también, *Tratado de filosofía*. Ed. Sudamericana. Trad. Juan Adolfo Vázquez. Buenos Aires, 1976 (2ª edición).

Pese a que Hessen define la *gnoseología* como la teoría del pensamiento “verdadero” (*Teoría del conocimiento*, p. 21) y restringe la “epistemología” a la reflexión sobre un tipo de investigación que ofrece determinados resultados (*Tratado de filosofía*, p. 340); es curioso que la división global de la filosofía, la haga en tres partes denominadas “teoría de la ciencia” (lógica y *gnoseología*), “teoría de los valores” (axiología general y especial), y “teoría de la realidad” (ontología, metafísica y concepciones del mundo).

Entre los muchos autores contemporáneos que identifican la *gnoseología* con la *epistemología*, se puede mencionar a los siguientes: Roger Verneaux dice que la epistemología *general* puede llamarse también “crítica del conocimiento”, que actualmente hay sólo cinco corrientes epistemológicas

principales (escepticismo, empirismo, racionalismo, idealismo y realismo), y que las tesis del realismo (léase *tomismo*) son las más plausibles. (Cfr. *Epistemología general : Curso de filosofía tomista*. Trad. L. Medrano. 3ª ed., Barcelona, 1967). Por su parte, Hermann Krings y otros autores utilizan indistintamente los conceptos de “gnoseología” y “epistemología” (Cfr. la entrada “conocer” en *Conceptos fundamentales de filosofía*. Vol. 1. pp. 403 ss. Krings et al. Herder. Trad. Raúl Gabás, 1977).

² Véase particularmente las primeras páginas de “The Mind’s Eye (*Feminism and Science*, p. 187 ss.). Posteriormente las autoras analizan la influencia de la visión de Platón sobre la verdad y el modo cómo dicha concepción ha llegado al siglo XVII formando la idea moderna sobre la ciencia. (*Idem*. p. 189 ss.).

³ “Feminism and Science”. En *Feminism and Science*, p. 33. La primera edición de este artículo fue en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 7/3 University of Chicago Press, 1982.

⁴ En inglés las autoras feministas usan las palabras “male” y “masculine” como sustantivos que se pueden traducir como “macho”, “varón” y “masculino”. Para diferenciar lo que es propio de los varones, (lo *masculino* opuesto semánticamente a lo *femenino*), de la tendencia a sustantivar esto mismo como superior, valioso y determinante; es apropiado usar la palabra “masculinismo” (o “machismo”). El *masculinismo* consiste en la proclividad o la tendencia a instituir lo que tiene relación con el género masculino como único, jerárquico o preferible frente a lo que tendría un valor neutro o femenino. En epistemología se puede establecer analógicamente que la pulsión *masculinista* consiste en atribuir rasgos de género a la relación entre el objeto conocido y el sujeto cognoscente. Por ejemplo, suponer que el sujeto proyecta su sombra casi fálicamente sobre el objeto, que lo *posee* al grado de apropiarse de su imagen, y que lo *penetra* de manera que alcanza el climax de la relación al capturar su esencia; refiere contenidos que sugieren una relación marcada con los signos de la disimetría de género.

⁵ “Taking Subjectivity into Account”. En *Feminist Epistemologies*, p. 17.

⁶ La noción de “sociedad panóptica” ha sido desarrollada por Michel Foucault. Hasta el siglo XIX existió una “semio-técnica” del poder (técnicas de aplicación del castigo para evitar la repetición de la falta). Posteriormente fue substituida por la “política del cuerpo” basada en el “panoptismo”. La cárcel es un aparato administrativo de coerción de los individuos que castiga sometiendo el cuerpo a trabajo obligatorio, ejercicios y penas. Su técnica se basa en horarios, empleo del tiempo, movimientos, actividades, silencios, respeto y buenas costumbres. Todo es visible. (*Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*, pp. 142-5, Trad. Aurelio Garzón del Camino. Editorial Siglo XXI, México, 1993). Respecto de la relación entre el *panoptismo* y el *patriarcado*, y asumiendo que éste indica cualquier forma de organización económica, política, religiosa o social liderada por el varón es posible afirmar que la dirección de la vigilancia, la imposición de la disciplina y la aplicación del castigo desde el punto de vista de género, es más pertinente para el varón que para la mujer.

⁷ En la primera parte del libro 7º de *La República* aparece el *mito de la caverna* que contiene una clara analogía entre el sol, la luz y la visión de las esencias (véase Nota # 12). En la obra platónica también se encuentran otros contenidos complementarios. Por ejemplo, en *Fedro o de la belleza*, Platón expone su concepción acerca del conocimiento como olvido y recuerdo, menciona el ciclo de visión de las esencias y al conocimiento como el medio para la divinización humana (Cfr. *Fedro o de la belleza* 248d-249d. Trad. María Araujo. Ed. Aguilar. 8ª ed. Buenos Aires, 1977, pp. 63 ss.). En *Fedón o del alma*, Platón refiere las palabras de Sócrates antes de morir y cómo anuncia la felicidad para su alma inmortal y filosófica en el Tártaro por la vida que ha llevado (Cfr. *Fedón o del alma*, 110 a-115 a. Trad. Patricio de Azcárate. Ed. Universo. Lima, 1970. pp. 155 ss.).

⁸ En la historia de la filosofía según señalan Keller y Grontkowsky, ha sido recurrente, desde Platón hasta el pensamiento actual, la asociación de la visión, el conocimiento y la verdad, con la ciencia. Cfr. “The Mind’s Eye” (*Op. Cit.*), pp. 189 ss. Ambas autoras afirman además, que los conceptos platónicos han influido a tal punto que incluso la ciencia moderna los incorpora (p. 191).

⁹ Lloyd afirma que “las imágenes de Platón han tenido una fuerte influencia en las formas contemporáneas de pensar el conocimiento”. (Cfr. el texto de *The Man of Reason* publicado con el título “Reason, Science and the domination of Matter”, en *Feminism and Science*, p. 44). Tal influencia ha llegado hasta nuestros días a través de Francis Bacon en el siglo XVII.

10 Véase la obra de Esquilo, *Euménides*. En *Tragedias*. Buenos Aires, 1979. Trad. Fernando Brieva. Editorial Losada, (215-44).

11 Eurípides escribió *Ifigenia en Tauris* el año 413 a.C. Fue discípulo de Sócrates y es muy probable que Platón conociera sus obras. De cualquier modo, la sistematización de los mitos griegos efectuada por los dramaturgos del periodo clásico recogió lo que constituía parte del acervo popular y de la tradición oral mucho antes desplegada. Véase *Las diecinueve tragedias*. Trad. Angel Garibay. Editorial Porrúa. México, 1987, pp. 289-312.

12 El libro 7º de *La República* comienza con una exhortación que Sócrates hace a Glaucón: “Representáte ahora el estado de nuestra naturaleza, en orden a la ciencia e ignorancia, bajo la pintura alegórica que voy a hacerte” Inmediatamente Sócrates señala los rasgos del “mito de la caverna” diferenciando la *opinión del conocimiento verdadero*. (Trad. José Tomás y García. Biblioteca Emecé de Obras Universales. Buenos Aires, 1945. pp. 372-3).

13 Mary Tiles, “A Science of Mars or of Venus?”. En *Feminism and Science*, p. 221.

14 Tiles menciona la obra de Isaiah Berlin, *Against the Current*, Oxford University Press. 1981; especialmente el capítulo, “The Divorce between the Sciences and the Humanities”. *Op Cit.* p. 233.

15 En el libro VIII de la *Metafísica*, Aristóteles escribe lo siguiente:

“... cuál es la causa material del hombre? Los menstros. ¿Cuál es la causa motriz? La esperma. ¿Cuál es la causa formal? La esencia pura. ¿Cuál es la causa final? El fin. Quizá estas dos últimas causas son idénticas. Es preciso también tener cuidado de indicar siempre la causa más próxima; si se pregunta por ejemplo, cuál es la materia, no responder el fuego o la tierra, sino decir la materia propia”.

(Ed. Universo. Lima, 1972. t. II. p. 14). Entre las feministas estudiadas la que insistir en efectuar referencias críticas a Aristóteles es G. Lloyd. (*The man of Reason, Op. Cit.* p. 150).

16 En *El Banquete* no participa Diótima como interlocutora con los demás personajes entre quienes están por ejemplo, Fedro, Aristófanes y Alcibíades. Otro rasgo de este diálogo de *madurez* de Platón, es que los personajes pronuncian largos discursos sobre el amor. Cuando le corresponde el turno a Sócrates comienza su alocución de esta forma: “Os referiré pues, unas palabras que acerca del amor oí en cierta ocasión de una mujer mantinea, Diótima, sabia en éstas y muchas otras cosas (...) ella fue mi maestra en cosas de amor. Intentaré pues relataros las palabras que me dijo ...”. Platón, *El Banquete*. Trad. Juan David García Bacca. Edimé. 4ª ed. 1972. Madrid, p. 46.

17 Alison Jaggar concluye diciendo que Platón aceptó finalmente que es necesario *amar* para conocer, tal como Sócrates requirió de Diótima. (En *Women and Reason*, “Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology”. Harvey & Okruhlik, eds. Michigan, p. 137).

18 La separación que hace Platón entre el mundo *inteligible* y el *sensible*, se correlaciona con su visión aristocrática del hombre y los pueblos. En el alma concurren tres principios que definen, por la preeminencia de alguno sobre los demás, el carácter de cada individuo. Si en ésta prevalece el principio *racional*, se configura un sujeto encaminado a la verdad, con mejores condiciones para aprender y con la suficiente capacidad de ver la verdad del bien y la justicia. Si el individuo tiene pre eminentemente un alma *irascible*, son más fuertes en él, la valentía, la ambición y la búsqueda de honor y gloria. Finalmente, si prevalece el alma *concupiscente*, la vida de esta persona se dirigirá por las cosas sensibles y la opinión, su alma se regocijará en las ganancias, el placer y la riqueza, siendo su característica, un apetito insaciable.

Para Platón el sistema político ideal es aquél en el que gobierna el *filósofo-rey*, es decir el hombre (o la mujer) más destacado entre los que tienen pre eminentemente un *alma racional*. En su opinión, Atenas logró esto hasta antes del advenimiento de la democracia, la que según él, banaliza los valores, corrompe la inteligencia y promueve la ambición y la insensatez. En varios pueblos lacedemonios y en Esparta, el gobierno político estuvo a cargo de hombres y mujeres de alma *irascible*, por lo que los logros alcanzados fueron especialmente, la gloria militar y las conquistas bélicas. Si bien Platón considera en *La República* que el gobierno ideal une las funciones de magistrados y guerreros reservando el poder a una comunidad castrense, élite donde destaca el *filósofo-rey*; en su escrito de vejez, *Las leyes*, abandona dicha teoría. De cualquier forma, el pensador griego se opuso

reiterativamente a la democracia de la *polis* (particularmente a las reformas de Pericles); porque no aceptaba que el conocimiento de las esencias (en especial del bien y la justicia), sea resuelto por la opinión de la multitud. En esta forma de gobierno, la *doxa* domina a la *episteme*, la medida de la verdad es el número de votos para resolver cualquier cuestión, y la venalidad y manipulación alejan a la colectividad de las ideas y el mundo inteligible.

19 La referencia es de “Bodies and Knowledges: Feminism and the Crisis of Reason”, en *Feminist Epistemologies*. Alcoff & Potter eds. Routledge. New York-London, pp. 187-216.

20 Además según la autora, el *falo-centrismo* implica fijar los límites de las diferencias genéricas, relacionándolas con las particularidades raciales, sociales y corporales. Tales distinciones construyen representaciones colectivas de las mujeres acerca de sí mismas, pero siempre bajo la opresión y en torno a la centralidad masculina. Dicha centralidad erige un paradigma en el que las mujeres quedan asociadas con lo que no es significativo epistemológicamente, si es que antes no se ha prescindido de ellas olvidándolas como posibles “sujetos” en cualquier teoría del conocimiento. Véase “Bodies and Knowledges: Feminism and the Crisis of Reason”, *Op. Cit.* pp. 208-9.

21 Groz dice que la *crisis* ha puesto en tela de juicio las presiones *masculinistas*: el “criterio de objetividad”, la “ciencia del hombre” y el valor de la razón. Algunas *presiones masculinistas* en crisis son la neutralidad, la suposición de que los científicos emplean adecuados métodos, axiomas y criterios de evaluación, y que la verdad está fuera de la historia sin que le corresponda “perspectiva” alguna. La crisis del hombre ha mostrado que la humanidad ya no puede ser “cosificada” ni tratada como objeto físico; en tanto que la razón es ciega si no considera que siempre existe un lugar determinado desde donde se producen conocimientos. *Idem*, pp. 189-94.

22 El trabajo *genealógico* de Foucault integra de forma indivisa los saberes triunfantes y las instituciones de poder. Resulta particularmente interesante la genealogía de procesos estudiados por Foucault: la “gubernamentalidad”, las disciplinas humanas, la *episteme* de la modernidad, la historia de la sexualidad y el saber médico.

23 Personalmente no estoy de acuerdo en que Galileo representaría el empeño por *objetivar* en el inconcuso lenguaje formal de la matemática, el conocimiento de la naturaleza; y que en oposición a tal interés, Descartes reivindique la importancia de la *subjetividad*. Aunque el *cogito* cartesiano indica el interés por afirmar el interior, lo personal y propio del sujeto cognoscente, no hay que olvidar que este decurso intelectual es sólo procedimental. Se trata de la duda metódica para llegar a enunciar proposiciones metafísicas que sean inclusive más seguras y *objetivas* que las fórmulas matemáticas. Tal, el propósito de las *Meditaciones Metafísicas* que siguen en filosofía, el mismo contenido y sentido patentes en el trabajo científico de Galileo.

Véase de Galileo Galilei su notable obra, *Diálogo sobre los sistemas máximos*, (1ª y 2ª Jornada). Trad. José Manuel Revuelta, Ed. Aguilar, 2 Vol. Buenos Aires, 1980. De Renato Descartes considérese por ejemplo, el siguiente texto (*Meditaciones Metafísicas*, Trad. Juan Gil Fernández. Ed. Aguilar. Buenos Aires, 1980. p. 78):

“Bajo la denominación de Dios comprendo una sustancia infinita, independiente que sabe y que puede en el más alto grado, y por la cual he sido creado yo mismo con todo lo demás que existe, si es que existe algo más. Todo lo cual es de tal género que cuanto más diligentemente lo considero, tanto menos parece haber podido salir sólo de mí. De lo que hay que concluir que Dios necesariamente existe”.

24 Acá son claras las referencias a los enfoques neopositivistas en “ciencias sociales” como la psicología, sociología e historia. En la medida que estas disciplinas se reduzcan a una acrítica matematización estadística de los datos, que asuman sin discusión teórica alguna el valor inobjetable de los documentos escritos, que supongan que la conducta de individuos y colectividades se puede manipular sin restricciones morales; en tanto presuman que los procedimientos experimentales son incuestionables y que los “objetos” sociales se articulan según funciones preestablecidas; en fin, en tanto empleen el conocimiento del pasado para preservar y fortalecer el *status quo*; se realizan como disciplinas “positivas”. Véase la Nota # 34.

25 Genevieve Lloyd dice que “es fácil ver al Hombre de la Razón como sólo una variante posterior del siglo XVII en el papel histórico del macho *opresor*. Pero son ambos, el hombre y la mujer, responsables de que continúe su estatus como un ideal de racionalidad, puesto que él representa también el ideal

de las mujeres". *The Man of Reason*. ("The Contemporary Man of Reason", Chapter 9. Cfr. *Feminism and Science*, p. 164).

26 G. Lloyd menciona varias obras de Bacon en las que se basa para exponer su pensamiento. Algunas de sus referencias bibliográficas más importantes, incluyen lo siguiente: *Novum Organon* (Aforismos LI, CXXI CXXIX. Trad. Cristóbal Litrán. Ed. Porrúa S.A. México, 1980. pp. 45, 79 y 84). *Instauratio Magna* (Trad. Marja Jarocka. Idem. pp. 23 passim). *The Advancement of Learning* (J. Devey ed. III, 4). *Thoughts and Conclusions* (Farrington ed. Secc. 13, 16 y otras). *The Masculine Birth of Time* (Farrington ed. Cap. 1 y 2). Cfr. *Feminism and Science*, pp. 52-3.

27 Véase de Helen Longino, "Can There Be a Feminist Science?". En *Women, Knowledge, and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*. p. 256.

28 Evelyn Fox Keller y Christine Grontkowski escribieron "The Mind's Eye". En *Feminism and Science*, p. 196. La primera edición fue en *Discovering Reality*. Boston, 1983. pp. 207-24.

29 Herbert Marcuse considera que no puede existir un planteamiento utópico que proponga una sociedad represiva y siga siendo consecuentemente una *utopía*. El límite de toda utopía radica en establecer la eliminación de la represión; es decir, en hacer que el trabajo no sea un medio de alienación del hombre, sino el contexto de su realización lúdica y personal. Tal síntesis del poder y la realidad es también la indistinción entre lo *subjetivo* y lo *objetivo*. Cfr. *El final de la utopía*, pp. 7-18.

30 De Naomi Scheman véase "Though This Be Method, Yet There is Madness in It: Paranoia and Liberal Epistemology". En *Feminism and Science*, p. 206.

31 Scheman dice que en "los escritos de Descartes es posible encontrar los lineamientos de la construcción de un nuevo sujeto, encontrándose la centralidad de la disciplina para esta constitución". Más adelante añade, el "privilegio (...) históricamente ha pertenecido a los propietarios, heterosexuales, a los de cuerpo hábil, y a los hombres blancos...". *Idem*, pp. 208-9.

32 Se trata del artículo en *Signs: Journal of Women in Culture and Society* (12/4, University of Chicago Press), "Postmodernism and Gender relations in Feminist Theory". Reimpreso en *Feminisms, Op. Cit.*, 621-43.

33 Se trata de "Subjects, Power and Knowledge: Description and Prescription in Feminist Philosophies of Science" publicado en *Feminist Epistemologies*. Alcoff & Potter eds. pp. 104 ss.

34 Los antecedentes más lejanos del neopositivismo se encuentran en el empirismo inglés del siglo XVII, particularmente con David Hume, quien en varios sentidos anticipa el pensamiento de Wittgenstein. Sin embargo, la tradición inglesa es aún más remota e incluye a filósofos del siglo XIII como Guillermo de Occam y Roger Bacon. En el siglo XIX se dio en Francia la fundamentación filosófica y política del neopositivismo, particularmente gracias a las ideas de Auguste Comte y Herbert Spencer; simultáneamente en Inglaterra, John Stuart Mill sentó las bases de la metodología inductiva. Las últimas décadas del XIX y las primeras del siguiente siglo, aparecieron y se desarrollaron el *atomismo lógico* de Frege y la corriente austriaca denominada *empirio-criticismo*. Autores como E. Mach y R. Avenarius emplearon los descubrimientos de la física de su tiempo para sostener una remozada concepción *solipsista* como lo hizo siglos antes en Inglaterra, Georges Berkeley. Por su parte, Frege había desarrollado temas cruciales para el *atomismo lógico* posteriormente sistematizado de forma monumental, en la obra de Bertrand Russell.

El crecimiento del neopositivismo en el siglo XX identificado por lo general con el *empirismo lógico*, se ha desarrollado paralela y sucesivamente en Viena, Berlín, Cambridge, Oxford y en varias Universidades de Estados Unidos. En 1929 se conoció un *Manifiesto* del Círculo de Viena redactado por Moritz Schlick, donde se expresaron ideas de físicos, matemáticos, lógicos y filósofos que se reunían en Viena; entre los más destacados cabe mencionar a K. Gödel y R. Carnap. En la escuela de Berlín trabajaron C. G. Hempel y E. von Mises; en la de Inglaterra, autores como Austin y Ayer, y en las universidades norteamericanas, E. Nagel y Quine.

Popper y Wittgenstein tuvieron una estrecha relación con los centros de discusión en los lugares mencionados; sin embargo llegaron a elaborar sus propias teorías. Popper dio forma al "racionalismo crítico" y a la "metodología falsacionista", y Wittgenstein propuso originales y muy influyentes concepciones sobre el mundo, el lenguaje y el conocimiento.

En el siglo XX hubo una considerable cantidad de autores y corrientes que en el marco de las ideas neopositivistas, desarrollaron sus propuestas epistemológicas. Cabe indicar por ejemplo, la concepción *estructuralista* de Suppes y Sneed; el *realismo científico crítico* de I. Niiniluoto y R. Tuomela y una variedad destacada de ideas dentro de la *teoría de sistemas*. (Una bibliografía amplia y apropiada al respecto, la señalo en mi ensayo “Saber, investigación y teoría de la ciencia”, *Estudios Bolivianos* 3, pp. 66-76).

35 La discusión sobre el individualismo está en “Epistemological Individualism and the Private Language Argument”, primer acápite de “Gender and Epistemic Negotiation”. (En *Feminist Epistemologies*, Alcoff & Potter eds. Routledge, New York-London. 1993. pp. 161-5).

36 Uno de los acápites del ensayo de Mary Tiles titula “La defensa de la neutralidad científica”, en él se advierte que la autora cree que es posible la realización de conocimiento neutral, es decir, independientemente de intereses y valores. *Cfr.* en *Feminism and Science*, “A Science of Mars or of Venus?”, pp. 224 ss.

37 Véase la “Introducción” que ambas autoras elaboran para la edición de su compilación de artículos, *Feminism and Science*. Oxford University Press, 1998, pp. 1-16. Las referencias citadas se encuentran en los primeros párrafos de dicha “Introducción”.

38 “Reason, Science and the domination of Matter”. En *Feminism and Science*, p. 41.

39 *Cfr.* Evelyn Keller y Helen Longino, “Introduction” a *Feminism and Science*, pp. 1 ss.

40 La caracterización del “falogo-centrismo” se ha efectuado en la Nota # 20. A los rasgos antes anotados se suma la sobrevaloración de la *ratio* occidental, constituyéndose el “falogo-centrismo”. Cuando por ejemplo, la masculinidad se proyecta estableciendo las condiciones del conocimiento científico, lo hace a partir de la suposición de que las proposiciones verdaderas son el resultado del uso apropiado de la razón. En tal sentido, además de restringir a las mujeres a la esfera emotiva, corporal y natural; el “falogo-centrismo” las excluye de la posibilidad de que empleen su razón de modo “objetivo”, “neutral” y provechoso para la humanidad. Hablar de un “logo-centrismo falocrático” implica finalmente, radicar el poder y la opción que ejercen los hombres sobre las mujeres argumentando su definitiva incapacidad de guiarse no sólo exclusiva, sino pre eminentemente por la razón no instrumental.

41 “Introduction” a *Feminism and Science*, pp. 1-2.

42 *Cfr.* “In a Different Voice” en *Feminisms*. Kemp & Squires eds. Oxford - New York, 1997. pp. 146 ss.

43 “Postmodernism and Gender Relations in Feminist Theory”. *Idem.*, p. 171.

44 *Cfr.* de Naomi Scheman, “Though This Be Method, Yet There is Madness in It: Paranoia and Liberal Epistemology”. En *Feminism and Science*, p. 204.

45 Para ampliar la relación entre el pequeño grupo privilegiado de hombres blancos y la elaboración oficialmente reconocida como *racional*, en la filosofía y la epistemología, Code remite a lo siguiente: los artículos de Alison Wylie, Kathleen Okruhlik, Sandra Morton y Leslie Thielen-Wilson citados en “Philosophical Feminism: A Bibliographic Guide to Critiques of Sciences”, en *Resources for Feminist Research*, 19,2 (June 1990): 2-36. *Cfr.* “Taking Subjectivity into Account”, *Op. Cit.* pp. 21, 44.

46 Evelyn Keller, “Feminism and Science”, en *Feminism and Science*. p. 28.

47 Scheman señala a autoras como June Jordan (“Nobody Mean More to me than you”, en *On Call: Political Essays*. Boston, South and Press. 1985); María Lugones (“Hispaneando y lesbiando” s/d); Gloria Anzaldúa (“*Borderlands/ La Frontera*” # 88); Erika Sherover -Marcuse (*Emancipation and Consciousness: Dogmatic and Dialectal Perspectives in the Early Marx*, Oxford. Blackwel. p. 139), y Alice Miller (*For your Own Good: Hidden Cruelty in Child Rearing and the Roots of Violence*. New York Farrar, Straus and Giroux. 1984). *Cfr.* “Though This Be Method, Yet There is Madness in It: Paranoia and Liberal Epistemology”. En *Feminism and Science*, pp. 214 ss.

48 Michel Foucault dice que los sofistas hicieron posible descubrir la materialidad del lenguaje. Los símbolos, las palabras, tienen la magia suficiente para convencer y el poder necesario para condicionar

la acción. Esta magia en último término, reporta placer, otorga prestigio, permite satisfacer la frivolidad y exhibir la elegancia con elocuencia y vacuidad.

La materialidad del lenguaje se refiere a que cada quien, hable o escriba como sofista, sabe que lo que dice no es verdadero ni falso. Sin embargo, él mismo se muestra como veraz y convincente. El saber del sofista se da volcado hacia el interior de su conciencia y hacia la exterioridad de la política (*La verdad y las formas jurídicas*, Conferencias en Brasil. Trad. Enrique Lynch. GEDISA, 1992. pp. 143-74)

49 "The Generalized and the Concrete Other" en *Feminisms*, Kemp & Squires eds. Oxford-New York, 1997. p. 213.

50 Véase "Though This Be Method, Yet There is Madness in It: Paranoia and Liberal Epistemology". En *Feminism and Science*, p. 214. El concepto de "claustrófilico" ha sido enunciado por Paul Smith (*Discerning the Subject*. Minneapolis University of Minnesota Press. 1988. p. 98). Scheman cita también algunos versos de Rainer María Rilke en "El arcaico torso de Apolo":

No hay lugar alguno
Donde no pueda verte
Debes cambiar tu vida...

RESUMEN

Actualmente la filosofía sigue siendo el ámbito irrecusable para reflexionar sobre la ciencia; sin embargo tal reflexión está cruzada por múltiples paradojas: (1) Crear teorías epistemológicas sin referencia a dominios científicos específicos resulta artificial, o la construcción de simples generalidades de vacua especulación. (2) La filosofía hoy día se encuentra en una situación de crisis marcada por un contexto más amplio: es la crisis de la razón y de la civilización occidental, insistir en la producción intelectual de mayor trascendencia implica por lo tanto, coadyuvar a mantener el status quo imperante, reproduciendo viejos moldes de pensamiento. (3) El vertiginoso desarrollo de la ciencia exige discutirla desde perspectivas políticas y éticas, las cuales permanecen encapsuladas dentro de prejuicios tradicionales.

La más evidente exclusión cultural de las mujeres, en lo concerniente a la producción intelectual, al menos hasta el siglo XX, se ha dado en la filosofía. Durante 25 siglos se ha desconocido la dimensión afectiva y las componentes genéricas que las mujeres podrían incluir dentro de la reflexión filosófica, fueron ignoradas. Tal exclusión se explica en cuanto es preventiva: se trata de evitar que nuevos colores y otras dimensiones tiñan a la filosofía y a la epistemología de tonos inéditos, no puede cambiar el sentido de desarrollo de tal reflexión, porque eso representaría modificar el contenido y uso de la ciencia, el poder y la razón, implicaría dirigir el pensamiento en beneficio de la humanidad entera y no sólo para provecho de algunos pocos...

Siendo que la filosofía ha sido tradicionalmente el mundo más sutil de enfrentamiento agonístico entre intereses y pugnas materiales, dado que sólo expresa una verdad conquistada según intereses previos y relaciones de poder jerárquicas, que las mujeres continúen la labor de reflexión filosófica en general, y epistemológica en particular, es en realidad, el desafío de construcción de una nueva sociedad y de un nuevo mundo. Tal, el reto que provocativamente la ponencia enrostra a las mujeres en la ciencia y la política.

ÍNDICE

¿Existe la palabra “filósofa”?	242
Historia de la filosofía <i>masculinista</i>	243
La herencia de Platón	244
Presocráticos feministas y el Platón escondido	248
La crisis de la razón y el patriarcado	250
La epistemología moderna desde Descartes y el modelo de la visión	253
La persistencia del neopositivismo	257
Expectativas y dificultades en la epistemología feminista	261
Notas	264
Resumen	270
Índice	271